

minutos esenciales que se ofrecen como única compensación para un presente sin sentido ²⁵.

En los espacios de Rulfo, Colima, San Gabriel, Tolimán..., el hermetismo, el ensimismamiento de sus pobladores, incorporados a la ficción literaria, es expresión de un pesimismo continuado, pero cuyas raíces históricas y los hechos concretos que lo determinan están más próximos al presente en que transcurre el relato. Es la conciencia de un hombre, anclado en una tierra a menudo ajena, que ha ido viendo cómo los sucesivos movimientos históricos que se pretendían soluciones no eran otra cosa que puro juego de relevos en el poder. Caudillos, levantamientos revolucionarios pasaban por esos pueblos casi muertos buscando apoyo, para olvidarlos al instante siguiente. La historia no es ya, desde esta perspectiva, algo que hacen los hombres, sino un movimiento pendular de jefes y proclamas del que los habitantes de Luvina, Talpa o Comala quedaron siempre al margen. Son estos hechos de signo colectivo, y es por eso que la obsesión por el pasado, en sus habitantes, los recuerdos que se mantienen imborrables, tienen un carácter distinto al que observamos en los personajes onettianos. A excepción de algunos personajes, como Pedro Páramo, Susana San Juan o en cierto sentido Juan Preciado, la conciencia evocativa en Rulfo no tiende a alterar los hechos o a pasarlos por el tamiz de una subjetividad que recompone hechos del pasado imaginariamente. Los seres de Rulfo numéricamente más importantes en su obra, la «masa» o los «personajes eco» que llamara Blanco Aguinaga, no vuelven al pasado desde situaciones de ensueño o de compensación ²⁶. El pasado se presenta con visos de objetividad, son los hechos escuetos, las muertes, asesinatos o abandonos que determinan, sin que la relación causal sea explicitada, la situación del presente. Los hechos no se ocultan al lector, se cuentan, eso sí lentamente, sin cronología temporal alguna, pero siempre quedan insertos en el interior del relato. En Rulfo un hombre pudo cometer en el pasado actos violentos, crímenes o venganzas de diversa índole, y actuar en el presente del relato como si todos estos actos no fueran más que simples accidentes. Un acontecimiento del presente, un encuentro, un paso en falso, traerán de nuevo a su memoria y acaso a la de los descendientes de sus víctimas ese hecho anterior. Pero tanto unos como otros reviven con mirada cansada y escéptica esas muertes del pasado. No hay que olvidar, pese a todo, que este escepticismo, el quietismo manifiesto, es la manifestación de una determinada perspectiva narrativa adoptada por el narrador; es, por tanto, un problema técnico diríamos, inherente a la estructuración formal de la obra. Erróneo nos parece, en ese sentido, derivar de un particular punto de vista consecuencias ideológicas referentes al ahistoricismo de los relatos de Rulfo. Afirmaciones como las de Víctor Flores Olea, evidencian ese mal entendido:

«Para Rulfo, en efecto, el mexicano, el hombre, parece tener una esencia propia e inalterable que lo sitúa al margen de la historia: un *ser en sí* permanente por arriba de las catástrofes y de las aventuras de la vida. La atmósfera mágica, irreal de los libros de Rulfo resultaría directamente de ese modo de ser eterno de la esencia del mexicano» ²⁷.

²⁵ Vid. ANGEL RAMA: «La generación crítica» (págs. 325-402), en *Uruguay hoy*, *op. cit.*

²⁶ BLANCO AGUINAGA: *Op. cit.*, págs. 106-107.

²⁷ Citado en Domingo Milani: *La realidad mexicana en su novela de hoy*, Monte Avila, Caracas, 1968.

Hombres ensimismados, pueblos semiolvidados, situados en un acá del relato, frente al allá en que se desarrolla la revolución o las revueltas que ellos escuchan como voces de otro mundo; pero tan insertos en la historia concreta de México como aquellos que pelean a las órdenes del caudillo de turno. Son, pues, marginados, ajenos a los procesos históricos que otros dirigieron a sus expensas, pero esto es también estar insertado en la historia aunque en forma trágicamente negativa.

La presencia de estos personajes, tipos reconocibles en una determinada parcela de realidad, no es arbitraria, sino absolutamente coherente con el proyecto ideológico global al que refiere la obra. Si todos los relatos de Rulfo pueden ser leídos a partir de un único sentido, proyecto ideológico de fondo, que definimos en líneas anteriores como la historia de un despojo, de una desposesión localizada en unas tierras concretas desde las que el escritor practica una escritura de concentración espacial casi obsesiva; el héroe capaz de explicar y realizar coherentemente ese tema inicial es, precisamente, el campesino silencioso, huraño, que presencia o participa en las muertes de otros, o en las sucesivas explosiones de violencia como por inercia. Acaso intuyendo que la vida en esos pueblos calientes y abandonados ha dejado de tener fronteras con la muerte. Por eso, también, vivos y muertos se entreveran en el interior de los relatos, dialogan o se buscan interminablemente. Y esto no es sólo recurso de la figuración, acierto formal de la narrativa de Rulfo que le da ese tono de irrealidad tan comentado. La irrealidad es sólo fruto de un acercamiento estético distinto a un tema dolorosamente real y que, para Rulfo, es casi una obsesión vital. Es, por esto, que pese a que los estudios sobre la obra de Rulfo se han centrado especialmente en las figuras centrales (Pedro Páramo, Juan Preciado, Susana San Juan...), por nuestra parte el interés se dirige hacia aquellos personajes menos relevantes, esos seres de sus cuentos de *El llano en llamas*, anónimos o con un nombre cualquiera, pero similares cuando se trata de poner en práctica el pesimismo profundo que ha creado la marginación de la historia. Ellos son los que dan forma en el interior del relato a ese tema ideológico global del despojo, del acceso a la tierra, auténtico núcleo de significaciones en la obra de Rulfo.

Al igual que en Rulfo, en Onetti, la concentración en un espacio vivido en forma casi obsesiva, corre paralela a la creación de unos tipos humanos que se repiten en todos sus relatos, tanto en los que transcurren en Buenos Aires, como en los ubicados en la ciudad imaginaria de Santa María. En un estudio imprescindible en todo primer acercamiento a la producción de Onetti, destaca Angel Rama a propósito de las señas de identidad de los «tipos» onettianos:

«Hombres solos, incomunicados, acechantes; hombres acorazados, externamente fríos y despectivos para preservar secretas ternuras entendidas como debilidades por relación al mundo hostil; hombres distantes unos de otros, aún en la amistad y el amor» (pág.22)²⁸.

Este vivir hacia dentro, la misma actitud reconcentrada, el aislamiento de un mundo hostil, no son otros que los rasgos que ya destacamos en los personajes de

²⁸ ANGEL RAMA: «Orígenes de un novelista y de una generación literaria», H. Giacomani, *Homenaje a Juan Carlos Onetti*, Anaya-Las Américas, Madrid, 1974.

Rulfo. El ensimismamiento en el que viven sus personajes provoca, en el interior del relato, una vuelta constante a los hechos del pasado. El hombre de Onetti, reconcentrado y aislado en el seno del espacio urbano, ve transcurrir su tiempo en una evocación obsesiva de un pasado o de unos hechos del pasado que determinan, en cierto modo, su existir en el presente. Esta conciencia evocativa se completa, como analizó Jaime Concha, con la actividad de una conciencia imaginativa, proyectada hacia el pasado o hacia el presente, pero definible en cualquier caso por su posibilidad de ensanchar, o de completar lo parcialmente evocado²⁹. Tanto en el caso de la conciencia que evoca como en el de la que imagina, el proceso partirá siempre de un punto concretísimo, de un hecho del pasado, un rostro, un gesto del mismo, un ademán apenas, o un vocablo incluso, elementos todos ellos que pueden servir para activar recuerdos olvidados³⁰. La naturaleza de ese objeto o hecho del pasado al que se vuelve inevitablemente es, sin embargo, distinta a la que observamos en los cuentos de Rulfo. La reminiscencia obsesiva del pasado la observamos, pues, en uno y en otro, pero en Onetti es el mundo de la subjetividad, el terreno de la vida privada del personaje el que determina procesos de conciencia desde el presente del relato. Y ese proceso evocativo se complica aún más por el hecho de que lo evocado no es, con frecuencia, el hecho central, sino los hechos periféricos, datos aparentemente circunstanciales, actitudes o gestos que tienen su origen en un hecho determinante y, a menudo, traumático³¹.

En Rulfo el hecho central determinante, también pasado, sí suele estar presente en el texto en forma explícita, si bien se nos cuenta, a menudo, rápidamente, como de pasada, obligando al lector a establecer alguna relación de causalidad entre el hecho determinante en todo el proceso épico y el entorno situacional, los hechos que lo acompañaron y que se narran a veces en forma prolija.

En Rulfo recordar viene a ser una modalidad de vida; un hombre vive en tanto recuerda reiteradamente hechos concretos, pero este hecho o hechos no son algo exclusivo del individuo, no es un recuerdo «privado», sino que en algún sentido forma parte de los hechos comunes en ese trozo de geografía ya demarcada. Es, por esto, que el proceso evocativo nunca tomará el tono subjetivísimo que observamos en Onetti, sino que aparece tratado en forma objetiva. Y esto pese al hecho, casi paradójico, de que la evocación insistente de un pasado fluye, en los cuentos de *El llano en llamas*, casi siempre en primera persona narrativa, mientras que en los relatos onettianos el procedimiento suele ser el monólogo indirecto por boca de un narrador en tercera persona que deja hablar al personaje. El camino, algo distinto, por el que corre la evocación del pasado, en Rulfo, tiene mucho que ver con la especificidad de los espacios narrativos. En un espacio de dimensiones reducidas (si se comparan los

²⁹ JAIME CONCHA: «Conciencia y subjetividad en *El pozo*», en Ruffinelli, *Onetti, op. cit.*, págs. 77-81.

³⁰ En *El astillero*, por ejemplo, un sólo término (el «parar» en vez de «alojarse» o «encontrarse») desarrolla un proceso evocativo del «barman» del Plaza respecto a Larsen, personaje central de esta novela (pág. 1120).

³¹ La infidelidad de Gracia en «El infierno tan temido», el suicidio de Julián, hermano del protagonista de «cara de la desgracia», o la muerte de una prostituta, Rita, en *Para una tumba sin nombre*; son todos hechos determinantes en el relato, pero que a menudo se soslayan o se ocultan.